

## HACIA UN CONCEPTO DE LA SOCIOLINGÜÍSTICA

### ORÍGENES DE LA SOCIOLINGÜÍSTICA

Las precisiones, basadas en dicotomías irreductibles, que Ferdinand de Saussure (1916) introduce en su concepción del lenguaje le permitieron acortar con todo rigor el objeto de estudio de la lingüística. Para el maestro de Ginebra y sus seguidores, el carácter heteróclito del lenguaje no constituyó un grave problema, pues una vez deslindadas las parcelas, era fácil dar orden de deshaucio a las que -para él- resultaban impertinentes a la investigación lingüística: entre *langue* y *parole* y entre *linguistique interne* y *externe*, por ejemplo, selecciona, como es sabido, la lengua y la lingüística interna, al tiempo que, apoyado en razones plausibles desde su marco teórico positivista, rechaza las parejas respectivas,

Diecisiete años más tarde de publicado el *Cours de linguistique générale*, se levanta otro gran pilar de la lingüística contemporánea: *Language*, de Leonard Bloomfield (1933). Parecida preocupación por delimitar lo que debía de ser el objeto de estudio de esta ciencia lo lleva a descartar diversos aspectos del lenguaje, ciñendo con mucha más estrechez los límites de la lingüística. El quehacer lingüístico estadounidense corrió, a partir de aquí, por cauces de descriptivismo formalista: la sustancia semántica del signo y, en parte, la función, quedaron marginados de esta postura «antimentalista»

La glosemática, que podría entenderse como una especie de versión quintaesenciada del estructuralismo funcional europeo, se muestra más restringida aún en cuanto a su objeto de estudio; en el análisis de las relaciones entre las formas que integran un sistema lingüístico no había lugar para constatar una variabilidad extrasistemática y superficial. El rechazo del estudio de la sustancia de la expresión que patrocina Louis Hjelmslev (1947) descarta, entre otras cosas, toda una importante zona de variables lingüísticas que tanto rendimiento funcional tienen en la caracterización de las variedades de habla.

Aunque intensamente alejada de estas tres posturas, la concepción generativa chomskiana coincide con ellas en trazar ciertos límites teóricos que, en principio, marginan el estudio de los materiales ajenos -o tenidos por ajenos- a la competencia lingüística de un hablante-oyente «ideal» **1**

1 El inmanentismo aislacionista que caracteriza las concepciones teóricas de estructuralistas y generativistas proscibía la consideración de los hechos del lenguaje en su contexto social. Este carácter asocial que identifica todas estas

posiciones fue certeramente criticado por Weinreich, Labov y Herzog (1968), y más detenidamente por Labov (1972a, 1973),

El hecho de que de Saussure, Bloomfield, Hjelmslev y Chomsky limiten -desde sus respectivas posiciones- lo que del lenguaje consideran pertinente al estudio lingüístico, sin duda logra dar solución a una disyuntiva teórica, pero lo que de Saussure acá se ha llamado «lingüística» es sólo un territorio parcial, más o menos acotado aunque desde diversos ángulos, de la compleja *Sprachwissenschaft*: En realidad, todo aquello que quedó fuera de los límites marcados (estudio del sistema en abstracto) no dejó de ser objeto de interés, salvo para los seguidores ortodoxos de estos maestros, de modo que la pragmática del lenguaje con su eje fundamental, interacción de lengua y sociedad, y otros asuntos no menos importantes, seguían vivos en espera de que se les dispensara la debida atención, que no habían recibido de los grandes creadores del pensamiento lingüístico de nuestro siglo.

Intentos aislados, empeñados en dotar de nuevas dimensiones el estudio del lenguaje, vienen sucediéndose a ambos lados del Atlántico desde hace más de sesenta años. Hoy, frente a la lingüística a secas o apellidada «teórica», viven la etnolingüística, la psicolingüística y la sociolingüística (entre otras disciplinas de más reciente nacimiento: etnografía de la comunicación, gramáticas en contacto, análisis del discurso, etc.), todas ellas dedicadas a estudiar aspectos del lenguaje, desterrados antes de la ciencia madre.

El contraste entre la lingüística, tal y como fue acuñada por los teóricos mencionados, y estas otras disciplinas fue más drástico en Norteamérica -con algunas excepciones (Hymes, 1970)- que en Europa, pues de Saussure había dejado levemente entreabiertos algunos postigos -creía en la naturaleza social de lenguaje- por donde se fue colando alguna consideración de orden extralingüístico. Uno de sus más célebres discípulos -y de los más críticos-, Antoine Meillet (1928), al escribir su historia del latín, subrayaba las relaciones que creía ver entre la estructura social de la comunidad lingüística y el lenguaje. Meillet y sus seguidores no dejaron de hacer hincapié en el hecho de que la lengua era parte de un todo cultural, dando con ello vía a lo que algunos historiadores de la lingüística han dado en llamar «escuela sociológica francesa» **2**.

**2** Meillet, que había reseñado con dureza a de Saussure por no haber tomado en cuenta el hecho de que el lenguaje no era una entidad desconectada de sus hablantes y de su entorno social, inaugura con su *Esquisse d'une histoire de la langue latine* una serie de trabajos lingüísticos con enfoque social; Vendryes (1937) y Buyssens (1947) fueron los principales teóricos de la «escuela». Cohen (1956), discípulo directo de Meillet, extiende la influencia de su maestro más acá de mediados de siglo. La influencia de esta «lingüística social» se observa todavía en Francia, y la mejor prueba son las páginas que Martinet (1960) le dedica en su influyente manual. Quizás haya sido ésta la circunstancia que demoró en Francia la llegada de las nuevas corrientes sociolingüísticas, que nada tienen que ver con esta «lingüística social», salvo el común interés general por el contexto social. Todavía en 1968, el volumen monográfico que *Langages* dedicó a la *Sociolinguistique*, editado y prologado por J. Sumpf, muestra de manera evidente las viejas raíces, en realidad poco productivas

ya. La excepción a estos enfoques un tanto vetustos es el trabajo de Ruth Reichstein (1960), discípula distinguida de Martinet.

3 El reconocimiento «oficial» de los hechos, aquí como en otras ocasiones, sólo viene a respaldar una situación *de Jacto* bastante extendida. Con anterioridad a esta fecha, en 1936, ya Lévy-Bruhl hablaba en este mismo sentido ante el Cuarto Congreso Internacional de Lingüistas (Copenhague), y Roman Jakobson, en el mismo año 1963, hacía manifestaciones paralelas a las de Social Sciences Research Council en el noveno de estos congresos (Cambridge, Mass.). En realidad, se sentía la necesidad urgente de darse al estudio de los aspectos sociales del lenguaje. No sólo lo pedían investigadores que procedían de la antropología y de la sociología, sino también lingüistas: «... el proceso de análisis lingüístico se orienta hacia el descubrimiento de entidades que son unitaria y estructural mente homogéneas. Las variaciones de estilo, préstamos y otras formas semejantes no se excluyen de las gramáticas; sin embargo, las técnicas tradicionales de entrevistas no han sido diseñadas para medir su alcance total y existe la tendencia a rechazarlas a la categoría de variación libre (oo.) Este tipo de abstracciones estructurales es adecuado en tanto el interés se limite a universales lingüísticos o a la tipología y la reconstrucción comparativa (...) Pero cuando se pasa de un estudio del lenguaje como institución, el análisis del comportamiento hablado dentro de ciertas sociedades, se requiere de una información más detallada» (Gumperz, 1962/1974: 234-5). Gumperz se refería específicamente a la lingüística antropológica, al menos a ciertas tendencias dentro de ella, pero sus críticas pueden generalizarse, pues estos lingüistas tenían la misma formación bloomfieldiana que los demás, más «puros». Ya antes, Ferguson también se había quejado: «Los lingüistas descriptivos, en su comprensible celo por descubrir la estructura interna de las lenguas que están estudiando, frecuentemente dejan de darnos los datos más elementales acerca de la situación socio-cultural en que la lengua funciona» (1959/1974: 264). Analizando esta situación, Shuy y Fasold (1972) señalan que el acercamiento a lo social que por fin se produce en la lingüística se debió a tres factores decisivos: 1) el deseo de encontrar una base empírica sólida a la teoría lingüística, 2) la convicción de que los factores sociales que influyen en el uso constituyen un tema de estudio muy legítimo en la investigación lingüística y 3) la respuesta a la creciente inquietud de que tal conocimiento sociolingüístico podría arrojar soluciones a problemas educativos urgentes.

Con el estructuralismo formalista emanado de Bloomfield, consideraciones como éstas quedaron detenidas, sin cauce posible de estudio. Algunos de estos problemas eran atendidos generalmente por antropólogos, y en menor medida por sociólogos, estudiosos que, en términos generales, trabajaban con un concepto del lenguaje algo rudimentario. No es circunstancia fortuita que haya sido una asociación de sociólogos -el Social Sciences Research Council que en 1963 inaugurara «oficialmente» los nuevos estudios sociolingüísticos 3.

Desde las primeras observaciones de los antropólogos, que, al estudiar las culturas indígenas norteamericanas, descubrían que algunas variantes lingüísticas no eran de libre selección (como habían aprendido con Bloomfield), sino que su elección estaba socialmente condicionada -por la jerarquía militar, la edad, el sexo, la dignidad religiosa, etc.-, hasta los más rigurosos trabajos actuales, la sociolingüística (o la multitud de trabajos que han sido clasificados bajo ese rótulo) ha protagonizado una dramática explosión bibliográfica.

No es de sorprender que el tránsito por todos estos materiales, por fuerza heterogéneos, sea tarea compleja y no siempre fructífera. La maraña bibliográfica tiene causas muy variadas, pero ninguna de ellas de la magnitud que produce el polifacetismo del propio concepto de sociolingüística. Causa cierta admiración comprobar que los primeros intentos por caracterizar la sociolingüística hayan resultado fallidos. Ni William Bright (1966), ni Joshua Fishman (1968), ni Madeline Mathiot (1969),

los primeros que se lanzan a la tarea, consiguen otra cosa que enfrentar al lector con un inventario de «dimensiones», de «basic issues» o de «problemas que más interesan a los investigadores», pero no con una definición, unos objetivos, unos límites.

Es verdad que nada de eso era posible, partiendo, como ellos lo hicieron, de un cúmulo de investigaciones efectuadas ya, con los criterios más personales y distantes que fuera posible imaginar, y sin negar ninguno. Una caracterización *a posteriori* era una tarea condenada al fracaso, sobre todo si no se quería efectuar desahucios.

Hay que reconocer que la sociolingüística fue naciendo a empujones Y un tanto desamparada, sin el menor andamiaje teórico y bajo la mirada, entre desconfiada y excéptica, de los lingüistas que seguían los estrechos rumbos de sus escuelas respectivas. Antropólogos, sociólogos, psicólogos sociales y hasta algunos lingüistas, los de intereses más marcadamente pragmáticos, iban trabajando en aquella tierra de nadie que acogía a todos con la mayor generosidad, bajo el muy laxo mote de «relaciones entre lengua y sociedad».

Como era de suponer, dadas las precarias circunstancias de su nacimiento, estos estudios crecieron y se multiplicaron desprovistos de riguroso marco teórico. La sociolingüística no había sido concebida más que en términos extremadamente generales, no se había precisado su objeto de estudio, ni se habían establecido, consecuentemente, los instrumentos metodológicos adecuados. Los investigadores se movían en un terreno sin lindes claros, interesándose *grosso modo* por la influencia de la sociedad en el lenguaje y viceversa **4**.

4 Todavía a principios de la década del 70, Kanngieser (1972: 83), refrendado por Schlieben-Lange (1977: 161-2), decía que no podía hablarse en sociolingüística de principios efectivos para formar una teoría, y que las investigaciones empíricas se hacían a ciegas, sin estar enmarcadas en un sistema relacional lógico. «De momento no existe una sociolingüística que pueda llamarse 'sistemática' (...) ... las esperanzas puestas en la sociolingüística son muy exageradas... se sobrestiman los resultados alcanzados, tanto en lo que respecta a su fundamentación teórica como a su relevancia práctica». Aunque estos últimos comentarios iban dirigidos concretamente al trabajo de Bemstein, podrían hacerse extensivos a otras líneas de investigación de la época. Véase a este respecto el importante trabajo de Coseriu (1981).

## ¿DOS SOCIOLINGÜÍSTICAS?

Entre los intentos pioneros de especificar el contenido y alcance de la disciplina, el primero se debe a William Bright (1966). El autor insiste en lo novedoso de estos estudios -y del término socio lingüística mismo- y subraya que, al igual que sus hermanas mayores -la etnolingüística y la psicolingüística-, la joven disciplina es difícil de definir con precisión. Califica de «excesivamente vago» el principio de interacción entre lenguaje y sociedad, y termina afirmando que el objeto de estudio de la sociolingüística es la *diversidad* lingüística, entendida ésta en su más amplio sentido.

A partir de aquí señalaba varios conjuntos dimensionales, de los cuales el *condicionan te* de la diversidad es el de mayor importancia. Este conjunto consta de tres factores, que básicamente integran el esquema de la comunicación: 1) identidad social del emisor, 2) del receptor y 3) condiciones de la situación comunicativa. Este conjunto se encargaría de estudiar y mostrar los casos en que esas condiciones determinan o condicionan la diversidad lingüística: los dialectos de clase (piénsese en las castas indias), los casos de diglosia, las diferencias entre habla de hombres y mujeres, entre inferiores y superiores, el llamado *baby ta/k*, etc.

Otra de sus dimensiones es la *diacrónica*; a través de ella el investigador tratará de encontrar las causas históricas motivadoras de la diversidad actual o de cualquier otro corte sincrónico en una comunidad dada. El estudio de las *creencias* lingüísticas, objeto de estudio de la *fo/k-linguistics* para algunos investigadores, es también para Bright otra dimensión, cuyo análisis permite ver las diferencias entre hecho lingüístico s de una lengua (o de ésta en su totalidad) y lo que el hablante cree, valorativamente, sobre ellos.

Como penúltimo punto, se señala la *extensión* de la diversidad. Esta dimensión de la sociolingüística trabajaría con las situaciones plurilectales y plurilingües intracomunales, así como con contrastes intercomunales de situaciones de mayor homogeneidad lingüística. Termina la nómina con la dimensión *aplicabilidad*, en la que quedan incluidos diversos tópicos: investigación sociolingüística como diagnóstico o índice de estructuración social (¿cambia la lengua de diferentes maneras bajo diversas circunstancias sociales?, ¿cambian los distintos lectos sociales de la misma lengua de manera diversa y en diversa intensidad?, ¿cómo refleja la historia de la lengua la interacción de sus dialectos sociales?), y el tercero y último, los problemas de planificación lingüística.

La aportación de Bright es, sin duda, aleccionadora. Queda convenientemente subrayada la idea de que un sistema lingüístico monolítico, realizado sin variaciones, o con variaciones fortuitas e- inmotivadas, era incapaz de explicar que la estructura social pudiera tener con ellas alguna relación de causalidad; de ahí que los múltiples casos de diferenciación lingüística encontrados en el sistema fueran siempre despachados -en la lingüística norteamericana- con la etiqueta bloomfieldiana de «variación libre».

La llamada de alerta contra esta y otras limitaciones del estructuralismo formalista (y también del generativismo de Chomsky) es encomiable, pero la noción de *diversidad*, base sobre la que Bright monta sus consideraciones, no queda lo suficientemente elaborada para caracterizar una disciplina. Se ve demasiado a flor de tierra que la heterogeneidad de objetivos de los trabajos presentados en el encuentro de Los Ángeles obligó al relator del congreso a encontrarles un denominador común. La

diversidad cumple bastante de cerca este requerimiento, pero, aparte de que algunas de aquellas comunicaciones todavía parecen correr por otros caminos, es un denominador demasiado común, que podría agrupar trabajos mucho más alejados entre sí que los que recoge ese volumen. Es un cartabón de medida que ciñe poco su objeto, tan poco que igualmente daría cabida a estudios dialectales, de sociología del lenguaje, etnolingüísticos, psicolingüísticos, etc. Una lectura al muy heterogéneo material del volumen es más que suficiente para comprobar la imposibilidad de intentar sobre ellos conceptualizar disciplina ninguna. Bright se resigna y apoyado en este factor *ad hoc* se contenta con ofrecer una nómina, asistemática y extraña, de lo que llama «dimensiones» de la sociolingüística.

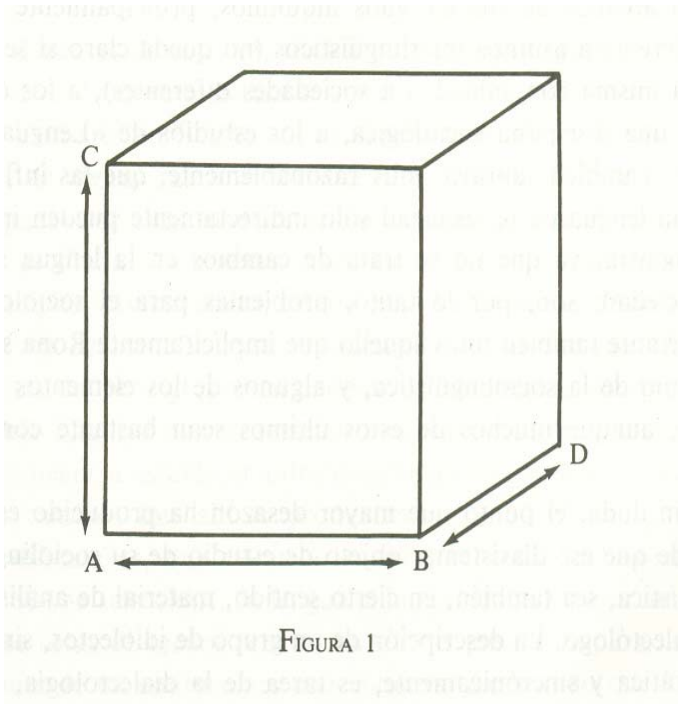
En 1968, Joshua Fishman, seguido de Madeline Mathiot al año siguiente, vuelve a enfrentarse con el problema de definir la sociolingüística. Ambos capitulan ante él, y en cambio delinear los principales problemas que han ocupado a los investigadores. Mathiot dice: «en ausencia de una teoría integrativa, me parece que esta disciplina no puede definirse sino por una enumeración de los varios problemas que les interesan a los llamados sociolingüistas» (pág. 3). Es más, Mathiot se muestra pesimista con respecto a que pueda elaborarse una teoría integral de la disciplina, como ya había pronosticado el mismo Fishman, entre otros. Dichos problemas, siguiendo a Fishman, los clasifica en micro y macroproblemas. Los primeros son los relativos a la interacción lingüística dentro de pequeños grupos (han sido poco tratados por lingüistas, pero sí por sociólogos y por psicólogos); los macroproblemas contemplan diversos intereses, clasificados éstos en nucleares y marginales. Los nucleares son los de la diversidad lingüística y las maneras en que ésta refleja la diversidad social. Tales estudios tienen una meta primordial: «establecer las correlaciones entre los índices lingüístico s y los índices sociales» (pág. 5). Entre los llamados intereses marginales figuran: 1) la dinámica del cambio lingüístico, 2) la adquisición del lenguaje [!] y 3) el relativismo lingüístico tI].

Ambos autores (innecesario es decir que no son lingüistas) señalan la importancia del primero de los puntos, desglosando sus dimensiones particulares: estudio de los dominios del uso, de las actitudes hacia el lenguaje y de los procesos mismos. Todavía dentro del marco de referencia de la dinámica socio lingüística hay espacio para añadir ciertos intereses «especiales»: plurilingüismo, diglosia y planificación lingüística.

Se observará sin grandes dificultades que, además de las notables incongruencias teóricas, el cuadro anterior representa un esfuerzo por ordenar y clasificar los intereses de los investigadores (¿de qué disciplina?), o las distintas esferas cultivadas hasta la fecha. No se ha superado el pragmatismo de Bright, se sigue trabajando a base de inventarios (con categorías muy discutibles, en este caso) y se rehúye establecer conceptos y límites para la disciplina, nada claros como se ve en los propios autores, que con tanta ligereza atribuyen a la sociolingüística campos de

investigación tradicionalmente adscritos a la psicolingüística de la adquisición y a la etnolingüística.

José Pedro Rona (1970) reconsidera el tema, tratando de dar a la sociolingüística un enfoque estructural y coherente. Rona empieza por distinguir tres diferentes conceptos de lengua: L1 = lengua opuesta a habla, V = lengua opuesta a sus dialectos y patois, Y V = lengua con sus dialectos y patois. Con mucho tino excluye de sus consideraciones a V y a V, objeto exclusivo de estudio de los teóricos, concentrándose en V, que identifica con *ellanguage complex* de Hockett, la *charpente* de Hjelmslev, el *diasystem* de Weinreich, el *system of systems* de Pitkin y el *archisistema* de Coseriu. Lo que Rona llama *diasistema -L<sup>3</sup>*- queda representado en forma de cubo, con un axis diatópico (A ↔ B), muy transitado por la geolingüística, un axis diastrático (A ↔ C), contemplado aunque muy asistemáticamente por algunos dialectólogos, y un axis diacrónico (B ↔ D).



Determinado el material de análisis, el autor distingue dos sociolingüísticas: una, propiamente lingüística, que estudiaría la estratificación interna de L<sup>3</sup>, y otra, alingüística, que se ocuparía de los efectos de la sociedad en L<sup>3</sup>. El análisis de la estratificación interna del diasistema implicaría los siguientes puntos: 1) descripción de un grupo de idiolectos sintópica, sinstrática y sincrónicamente, es decir, la variedad de un estrato sociocultural acotado en espacio y en tiempo; 2) la comparación de diferentes estratos, y 3) las influencias de unos estratos sobre otros, circunstancia esta que debía ser estudiada con técnicas de lenguas en contacto. En cuanto a la sociolingüística alingüística, lo más importante es el efecto de la sociedad en el diasistema. Se puede afectar el significante del signo - tabúes y eufemismos- o, por el contrario, el significado; pero la sociedad puede, además, influir sobre el contenido sintomático del signo, en cuyo caso estaríamos ante actitudes lingüísticas.

Lo primero que se advierte es que Rona echa de la sociolingüística a algunos de sus antiguos inquilinos, principalmente a todo lo referente a asuntos interlingüísticos (no queda claro si se refiere a una misma comunidad o a sociedades diferentes), a los que envía a una disciplina sociológica, a los estudios de «Lengua y cultura». También subraya, muy razonablemente, que las influencias' de una lengua en la sociedad sólo indirectamente pueden interesa\_ al lingüista, ya que no se trata de cambios en la lengua sino en la sociedad; son, por lo tanto, problemas para el sociólogo/Es importante también todo aquello que implícitamente Rona saca del dominio de la sociolingüística, y algunos de los elementos "que incluye, aunque muchos de estos últimos sean bastante controvertidos.

Sin duda, el punto que mayor desazón ha producido es el hecho de que ese diasistema, objeto de estudio de su sociolingüística lingüística, sea también, en cierto sentido, material de análisis para el dialectólogo. La descripción de un grupo de idiolectos, sintópica, sinstrática y sincrónicamente, es tarea de la dialectología, pues el cometido de esta disciplina no es otro que el de describir dialectos, aunque éstos sean sociales. El que una buena parte del trabajo dialectológico haya estado esencialmente dedicado al examen de geolectos es un factor circunstancial muy ligado a limitaciones de época y de escuela. No parece lícito establecer una dicotomía entre dialectología Y sociolingüística basada en el carácter horizontal o vertical de los dialectos estudiados; una característica tan ocasional como ésta no puede convertirse en principio definitorio.

También podrían hacersele a Rana otros reparos de envergadura, pero, a pesar de ellos, su postura es la única que, entre los precursores, ha tratado de explicar desde la lingüística, y sin condicionantes, el alcance de la nueva disciplina, pues lo hecho anteriormente no ha pasado de ser una creación de inventarios sin discriminación ni jerarquía.

## SOCIOLINGÜÍSTICA y SOCIOLOGÍA DEL LENGUAJE

Los esfuerzos de conceptualización de la sociolingüística hechos por los investigadores señalados son eco de dos realidades; tal reflejo es palmario en Bright, y por supuesto en Fishman y en Mathiot, y, de alguna manera, intuido en el trabajo de Rana. Antes -y después- de estas manifestaciones la bibliografía, enmarañada y todo, perfilaba dos grandes grupos con bastante claridad. Uno, el más amplio y frecuentado, estaba constituido por estudiosos empeñados en describir aspectos lingüísticos de las sociedades. Los integrantes del otro grupo, en cambio, se detenían a examinar los fenómenos lingüísticos con relación a ciertas variables sociales con el fin de llegar a establecer estratificaciones lingüísticas y de estudiar los cambios que allí se producían.

Las diferencias, que saltan a la vista, proceden del objeto de estudio que se seleccione: la lengua o la sociedad. Esta circunstancia, entre otras de menor relieve, ha sido el pasaporte para la más importante de las confusiones conceptuales. Aceptando que la (socio) lingüística es una disciplina lingüística, sería ocioso discutir su objeto de estudio, pues éste no podría ser otro que la lengua. En toda investigación de esta naturaleza la lengua es la variable dependiente